

Notas para una definición de la poesía

DISCURSO DE INGRESO COMO MIEMBRO
DE NÚMERO A LA ACADEMIA PANAMEÑA
DE LA LENGUA

Panamá, 14 de junio de 1989

por **D. José Guillermo Ros–Zanet**

I

ELOGIO A DON JEPHTHA B. DUNCAN

Señores académicos,
invitados especiales,
amigos todos:

Hoy, 14 de junio de 1989, vengo a esta casa de la Academia a ocupar formalmente el sillón académico que dejara vacante, hace más de una década, don Jephtha B. Duncan.

A don Jephtha B. Duncan, a su memoria, rindo hoy el homenaje sencillo de admiración y de mi respeto profundos. Hoy lo conozco y lo reconozco en sus obras, en sus textos.

Quiero dejar, igualmente, testimonio de sincero y perdurable agradecimiento a todos mis colegas de esta augusta academia, todos ellos “maestros que asumen la vida como un deber docente”, según una hermosa frase de doña Elsie Alvarado de Ricord, y quienes desde su bondad y generosidad hicieron posible mi ingreso a esta noble y altísima asamblea de la lengua, del habla y de la vida superior del espíritu.

Mi gratitud especial a doña Elsie Alvarado de Ricord y a don Ismael García Stevenson.

Hoy y siempre es tiempo propicio para recordar y rendir homenaje a la memoria de dos amigos entrañables, compañeros durante todo el quehacer de la Academia, y que hoy siguen iluminando nuestro caminar de vida, desde su ejemplo de bondad y nobleza,

de sabiduría y de fe profunda en lo superior espiritual del hombre: hablo de don José Isaac Fábrega y don Miguel Mejía Dutary.

Don Jeptha B. Duncan

El 23 de agosto de 1977, a los 92 años de edad, dejó de existir, en esta ciudad, don Jeptha B. Duncan. Él ocupó el sillón G de la Academia, como miembro fundador, desde el mes de mayo de 1926; desde el primer día de la vida institucional de la Academia Panameña de la Lengua.

Don Jeptha B. Duncan fue educador y funcionario de educación pública. Fue escritor, político, periodista y gran señor de la polémica; de la polémica que es búsqueda noble y respetuosa de la verdad y del bien, y del bien común.

Fue dueño y señor de una profunda y auténtica formación profesional, humanística y humanista, que expresó con sabiduría y autenticidad, en diversos campos del quehacer y del conocer humanos.

Sus escritos publicados en la *Revista Nueva* son ejemplos de una crítica literaria excelente, y de ensayos desarrollados con vigor y buen juicio.

Y ejemplo claro de su preocupación por conocer y entender textos esenciales de la cultura y el pensamiento americano son sus reflexiones en torno al libro *Escritos*, del gran pensador colombiano (de humildísima cuna) don Marco Fidel Suárez.

Don Jeptha B. Duncan nos legó una inmensa herencia espiritual que tenemos la obligación ciudadana de conocer, **pues en medio del ocultamiento de la inteligencia y del apagamiento de los valores superiores del espíritu en que hoy vivimos**, la obra de don Jeptha B. Duncan es camino seguro para alcanzar una filosofía y una visión del ser y del mundo, y del ser en el mundo, fecundas. Esa herencia es, a un tiempo, teoría de la patria y praxis de la patria.

Don Jeptha B. Duncan fue un conocedor profundo de su propia lengua y de las lenguas francesa e inglesa; por eso su horizonte cultural y su campo de actividades llegaron a ser tan dilatados y tan densos.

La obra escrita de don Jeptha B. Duncan reclama, hoy, atentas y devotas lecturas y relecturas.

Debemos volver a la mirada y la vida, con veneración, hacia esta vida superior y ejemplar, de un maestro, que lo fue, bien podríamos decirlo, por nacimiento, y no por adopción.

Desde principalísimos cargos y posiciones, laboró don Jephtha B. Duncan durante, relativamente, breve tiempo en el campo educativo: fue ministro de Instrucción Pública durante algunos años, y fue rector de la Universidad de Panamá durante el período de 1940-1942; pero dejó escrita una muy valiosa obra pedagógica, que dura y ha de durar para el tiempo y los tiempos.

Recuerdo, en este momento, la figura de don Manuel José Hurtado (1868-1879) realizó una labor tan llena de contenidos y de tanta trascendencia en el ámbito de la educación, que con justicia mereció el honroso título de **padre de la instrucción pública, padre de la educación panameña**. Once años fructuosos.

A esta estirpe de los grandes de la educación panameña pertenece don Jephtha B. Duncan.

En nuestro tiempo, aún en lapsos prolongados de veinte desafortunados años, los tecnólogos y los tecnócratas de una extraña “nueva pedagogía” no logran otra cosa que dañar y enfermar a la educación panameña. A la Pedagogía.

Siempre recuerdo unas palabras pertenecientes a un discurso suyo de 1928, que ya postula conceptos fundamentales de la escuela activa: “Permítasele al niño adquirir un espíritu crítico, no se le obligue a aceptar la opinión del maestro como dogma indiscutible, no se le refrene en su curiosidad de saber el porqué de las cosas, y en el futuro le veremos actuar como ciudadano independiente que no tiene necesidad de buscar jefe o líder a quien seguir para que piense y decida por él...”.

ES LA FORMACIÓN DE PERSONAS, DE CIUDADANOS, Y NO DE PASIVOS SÚBDITOS.

Tengo la certidumbre de que, así como don Justo Arosemena, don Pablo Arosemena, don Eusebio A. Morales, don Diógenes de la Rosa tantos otros han hecho y hacen posible la existencia del ser político y del ser de la patria, y así como don Miguel Mejía Dutary y tantos otros varones de humildad y grandeza son hoy presencia del ser de una pedagogía del espíritu, así también don Jephtha B. Duncan, don José Daniel Crespo,

don Gil Colunge, don Pedro J. Sosa, don José Dolores Moscote, y tantos otros varones ilustres, son esencia y presencia del ser pedagógico panameño. Son el agua viva del hontanar donde tiene su nacimiento y hacimiento el ser nacional.

Todos ellos son seres que trabajaron y trabajan para la vida superior del espíritu, para el ser, la verdad, el bien, el lenguaje. Vida y moral, verdad y lenguaje, que nacen del individuo como persona, y nunca de las sombrías muchedumbres ni de las masas despersonalizadas.

Así como el filósofo del ser nos habla del ser allí y de ser el de allí, podemos decir que todos estos seres superiores son (están) en la patria, en la política, en la literatura, en la educación, y son, también, al mismo tiempo, política, literatura, educación, espíritu nacional, moral pública y privada, y patria profunda.

Reitero que ante nuestros grandes hombres, ilustres señores del pensar y del hacer, estamos en la obligación indeclinable de leer y saber y conocer sus obras, sus textos, sus discursos del lenguaje y del espíritu.

En este instante recordamos unas palabras de Pascal: “Moral y lenguaje son ciencias particulares pero universales”.

Antes de terminar, y como homenaje al pensamiento de don Jephtha B. Duncan, leeré algunos párrafos, llenos de sabiduría y conocimiento, tomados de sus escritos pedagógicos, siempre contemporáneos; particulares, sí, pero siempre universales:

Un sistema educativo y una organización escolar, si es que han de llenar su cometido, deben atender a las necesidades sociales e industriales en el país, es decir, deben tener una aplicación real y efectiva. No existe al respecto, en verdad, una norma adecuada para todos los países, y, en esto, como en todos los casos en que se trata de aprovechar la experiencia de los pueblos más avanzados, importa adaptar y no trasplantar”.

De La República, sus habitantes y sus escuelas, capítulo I, de la importante «Memoria Educativa de 1920: La educación pública de Panamá».

Es el grave llamado a los que hoy pretenden, por comodidad, o por incapacidad, **“adoptar y no adaptar”** (como pedía también Octavio Paz.

El individuo de educación universitaria no será simplemente un individuo instruido, sino un individuo dotado de una mentalidad

despierta, móvil, amplia, lista siempre a responder a las excitaciones del ambiente, y con potencialidades aperceptivas para cualquier orden de ideas generales.

Tales cualidades en los ciudadanos, como desde luego se echará de ver, tienen por fuerza que ejercer influjo benéfico en los países democráticos como el nuestro. El espíritu universitario que nos da el gusto por lo elevado, por lo puro, por lo bello, nos libra también de caer en el error que en la actualidad se le atribuye con más frecuencia a la democracia, error que estriba, según se dice, en una especie de culto de la mediocridad, en una preferencia singular por lo inferior, lo que con el tiempo habrá de conducirnos a un estado de cosas en que, aseguran los enemigos de la democracia, la vulgaridad y las medianías reinarán entronizadas y sobreempujarán a la fineza y al talento.

Sin embargo, para el hombre imbuido del espíritu universitario este género de imposiciones resultan ineficaces. Para él, la charlatanería jamás puede pasar por ciencia, ni las altisonantes frases por sólidas razones ni las afirmaciones irreflexivas por pruebas concluyentes; las historias y las biografías puramente elementales no pueden resultar evangelios, ni los oradores verbosos ni los autores huecos merecer título de infalibles; los políticos audaces no pueden ser tenidos por estadistas clarividentes ni los intransigentes *yagos* por consumados *maquiavelos*.

De El espíritu universitario (1940).

Bien comprendía y sabía don Jephtha B. Duncan que el universitario debía ser un hombre de conciencia ingenua, y, menos un hombre de mala conciencia, o de inconsciencia:

Nuestras instituciones educativas en América, sin omitir las universidades, están llamadas a preparar a las nuevas generaciones para vivir en esta era de conflictos; y están llamadas particularmente a cooperar a la defensa de los ideales y de los principios que fundamentan los regímenes democráticos bajo los cuales vivimos en las repúblicas de este hemisferio.

Y esa labor, como bien se comprende, tiene necesariamente que formar parte de todo plan de defensa nacional. Las armas ya no bastan por sí solas para defender la soberanía y el territorio de los pueblos libres. Los pueblos necesitan de una inteligente comprensión de las necesidades y de los riesgos a que exponen la pérdida de su libertad o la crisis de las instituciones que la amparan. La defensa de una nación se hace más resistente y más eficaz cuando se sabe qué es lo que se defiende; cuando se está compenetrado de la importancia extraordinaria que para la sociedad revisten aquellos principios sociales, económicos y políticos que constituyen puntuales máximos de la organización bajo los cuales se desenvuelven.

De La misión de la Universidad y la crisis de la democracia (1940).

Es la puntualización del papel principalísimo que deben cumplir las universidades en la formación de hombres libres, con inteligencia y voluntad superiores,

capaces de construir, humanamente y sobrehumanamente, instituciones y sociedades: nación y patria grandes, humanidad y humanidades; sin el concurso patológico de los ejércitos.

Y ahora unas palabras finales de don Jephtha B. Duncan:

El problema trasciende más allá del conflicto entre la democracia y la dictadura como formas de gobierno. Es aún más hondo que el conflicto entre el método que todo lo regimenta y acaba con la iniciativa. Es un reto lanzado a los fundamentos mismos de lo que consideramos de mayor precio en la civilización.

Las naciones se hallan hoy colocadas entre dos maneras antagónicas de vivir: la que se basa en la ley de la selva, del diente y de la garra; y la que descansa en la cooperación, en el refrenamiento moral y en el ejercicio libre de la inteligencia.

Imitad a aquel padre de la Iglesia que en los albores del siglo V escribía sus libros inmortales, en tanto que el bárbaro invadía, saqueaba e incendiaba a la ciudad eterna. Recordad que la gloria de san Agustín continúa inmarcesible, mientras que el nombre de Alarico es el símbolo de la violencia y la destrucción.

De A los seis años de vida docente de la Universidad (1940).

Las creaciones materiales del hombre pueden llegar a ser duraderas, pero solo las obras construidas sobre lo superior espiritual (del hombre) llegan a ser perdurables y eternas.

En fin, escritos (creaciones) de don Jephtha B. Duncan hunden sus raíces en el conocimiento del pasado histórico, se llenan del presente y están grávidos de futuro. Y toda obra concebida desde esta como triple naturaleza conservará siempre su perdurable vigencia y su iluminada eternidad.

II

BREVES APUNTAMIENTOS SOBRE MI LIBRO

UN NO ROMPIDO SUEÑO

A manera de exordio

Los contenidos de mi libro *Un no rompido sueño* (premio del concurso Miró 1984) son los temas eternos de la poesía: el amor, la vida, la muerte, el ser, el tiempo, el mito y la propia palabra y sus silencios.

Hace tres meses, aproximadamente, en un encuentro poético con fray Luis de León (relectura infinita de viejos textos), sentí que desde los tiempos (más allá de cuatro siglos) el sabio poeta, el orador sagrado, me invitaba a utilizar el verso número 26 de su poeta eternal «La vida del campo», para nombrar mi libro *Un no rompido sueño*.

Mi “**esposa germinal entre la vida**”, mis “**hijas de ancianidad y de ternura**”, mi casa y mi hogar, mi escritura y el habla, mi poesía y la poesía son mi *no rompido sueño*, y más. Y más: la literatura y la literatura de la literatura. La **escritura** y la **metaescritura**.

Va durando mi casa, / enormemente, dicen los dos versos finales de mi libro *Un no rompido sueño*, libro que lleva, como pórtico, palabras de fray Luis de León, de san Juan de la Cruz, de Jorge Manrique, de san Agustín, de Joaquín Pasos y de Tomás Cabal y Barrios.

Un no rompido sueño es un largo poema, y está dividido en tres libros, libros que escribí a lo largo de los dos últimos años, aproximadamente.

Y los reescribí hace solo cuatro meses, unas pocas semanas antes de enviar el libro a concurso.

Un no rompido sueño llega como desde una **saudade**, a veinticinco años de mi anterior premio Miró: *Sin el color del cielo* (1959-1960).

Mi poesía está (o quiere estar) más cerca de la poesía que de las denominaciones. Con Teilhard de Chardin, con Vallejo (y con otros grandes) creo que el amor es el alma del mundo, y todo lo trascendente (como la buena poesía) se sustenta en lo superior espiritual del hombre.

Creo que todo buen conocimiento es poesía, y toda buena poesía es conocimiento. Y hoy la poesía, en América, vuelve los ojos hacia el Modernismo (Darío) y hacia los iniciadores de la Vanguardia (los años 20): Neruda, Vallejo, Huidobro. Y a Borges. Ya a Lezama Lima. Y a Octavio Paz, inmensamente.

Es necesario recordar y conocer a Baudelaire, a Mallarmé, a Rimbaud, a Valéry, a Juan Ramón Jiménez, a Antonio Machado, a Pessoa, a Hölderlin, a Rilke, a Coleridge, a Reverdy, a Pound, a Eliot, a Menard y a tantos otros grandes poetas de la **palabra**, del **ser** y del **tiempo**.

Recordarlos y conocerlos para **saber** y para **ser**; para ser uno mismo, no para imitarlos.

Hoy se comprende mejor, o se intuye, la importancia del conocimiento intenso, extendido y profundo de la palabra, de la lengua, del habla, del lenguaje poético. Del habla y de los silencios del habla.

Tenemos mucho que aprender de los antiguos gramáticos griegos y de los viejos formalistas rusos; del Círculo de Praga; del estructuralismo; de la gramática generativa; y más. De la poética y de la función poética del lenguaje: un saber clave que tanto esclarecimiento debe a Jakobson. Y no olvidemos a Aristóteles (que es el final, no el comienzo). Recordemos a Vico, a Propp, a Ditley, a Saussure, a Vossler, Spitzer, Croce, a Dámaso Alonso y Amado Alonso.

Y de Saussure abrió caminos. Y Mukarovsky, y Trubetzkoy y Hjelmslev. Y hoy Noam Chomsky. Y, ya, más allá de los discípulos de Chomsky. Y Mounin, Sapir, Martinet, Malinowski, Whorf. Generaciones iluminadas e iluminantes, y perdurables.

Es la búsqueda infinita de una polisemia infinita: la palabra, el habla, la lengua poética. El signo y los signos del signo.

La palabra es un ser vivo y viviente. Hay que conocerla y quererla. Tratarla desde el corazón del mundo. Desde el **ser**. Habla y silencio.

Así como Foucault funda la arqueología del saber, fundemos hoy una arqueología del lenguaje poético, del saber poético, del habla poética. Saber a Mallarmé, a Baudelaire y su profundo saber. Búsqueda y encuentro de las memorias del **ser**. Y el olvido y los silencios.

Y volver a Neruda, también (*Tentativa del hombre infinito*, no lo hemos advertido bien, es un libro **fundacional**). Neruda buscó la palabra infinita. Es necesario volver (para comenzar) a estos fundadores del habla. Para **saber** y **ser**.

Mi poesía, con humildad y verdad busca caminar en esta **tentativa**, para el encuentro del **ser** con la palabra y las palabras, con la poesía.

En América está naciendo una inmensa poesía, cada vez más en ascenso hacia el habla y el ser, y los tiempos. Y ha de tener un nombre, una denominación, más cerca del **ser** y del **mundo** y del habla.

Como digo en mi libro *Sin el color del cielo* (primer premio del concurso Miró 1959)

*Dura apenas la palabra
el instante del nombrar;
más dura el nombre, y el habla
nos dura por siempre, y está
en el comienzo del alma,
centrada en su eternidad.*

Literatura (poesía) y **literariedad** (poesía de la poesía), en altísima comunión. Literatura de la literatura. Para conocer la palabra. La totalidad. La **unicidad** del **ser** y del habla.

El poeta, como pedía Paul Valéry, debe llevar, siempre, a su lado, un crítico atento; él mismo. Y ha de ser un crítico severo y bondadoso y tenaz, a un tiempo.

Desde el misterio y el amor, desde la eternidad, el Verbo se hizo carne, de modo divino. Hoy es necesario que la **carne** (el poeta) se haga verbo, **humanamente**. La palabra (el habla) y el **ser**; más que el signo y la cosa. Significante y significado, y más. El saber abierto al conocer y al ser, abierto a la tradición y a la innovación.

III

NOTAS PARA UNA DEFINICIÓN DE LA POESÍA

*Un gran poeta es el que más
aprovecha la lengua que maneja.
El poeta verdaderamente grande
convierte su lengua en una gran lengua.*

—Eliot

De Notas para una definición de la cultura.

La palabra presenta, en sus vocales y sus diptongos, como una carne; y, en sus consonantes, como una delicada osamenta que hay que disecar.

—Mallarmé, *Les Mots Anglais*.

—Maestro, *veo el caballo, pero no veo la caballeidad.*

—Porque tienes ojos para ver el caballo, pero no los tienes para ver la caballeidad.

—Platón

La escritura poética —que es habla, pensamiento, ser— es un acto creador personal. Único. Es creación. Es mi acto creador. Mi propio acto de creación, y nadie puede (es imposible) sustituirme en ese mi proceso de creación.

Ninguna otra persona puede realizar mi creación. Mi acto creador poético y la obra nacida de ese acto son irremplazables. Pero la obra creada por mí será compartida con mi semejante. Con **el otro**. Esa comunión es el gran **desiderátum**.

Así como **“nadie puede tomarle a otro su morir”**, nadie puede tomarle a otro su vivir. Nadie puede “morirme”, y nadie puede vivir mi propio vivir. Nadie puede morir mi morir, ni morir mi vivir ni vivir mi morir.

Nadie puede tomarme, hacer suyo, con posteridad, mi acto creador poético, para hacerlo anterioridad o simultaneidad. Desde lo más originario, solo yo lo comunico, lo expreso, lo comparto, con conocimiento, con información, y más.

La obra poética, literaria, es obra de **creación**. No es **producción**.

El verdadero poeta es un creador. No puede ser un productor de poemas.

La poesía es creación. Y aunque la prosa es, en su origen, obra construida, la prosa excelente siempre será creación. No es ni será objeto producido.

Hay quienes pretenden transformar el discurso poético, el lenguaje poético, en objeto o en cosa o en sujeto, solo para destruirlo o para asesinarlo; no para conocerlo. Buscan la poesía solo en la carne; ignoran que está en el ánimo y en el ánima, en la vida total, en el espíritu.

La simple **mímesis** literaria (aristotélica) no es sinónimo de creación.

Los textos poéticos, en su interioridad y en la interioridad del lector, podrán ser recreados, en cada relectura, en infinitas relecturas. Las vidas del habla, el pasado, la historia del texto, se harán iluminado presente, en cada relectura, de modo natural, y como sobrenaturalmente.

Otra característica de la obra de **creación** (literaria, poética) es que no puede ser mejorada, ni sustituida ni fabricada en serie.

Los objetos o los productos que salen del proceso de **producción**, ya sea artesanal o técnico, sí pueden ser mejorados o reemplazados o fabricados en serie (por ejemplo, una silla, un aparato telefónico, un libro, una figura de cerámica).

El poeta, el novelista, el crítico literario y el ensayista no son productores, son creadores. Hacedores de obras literarias, de obras de creación. Son literatos. Son escritores.

A obra poética está abierta a la cocreación, al análisis, a la interpretación; al conocer, al mundo, a infinitas relecturas. Pero siempre estará cerrada a la sustitución, al reemplazo.

Las palabras no están fuera de nosotros. Las palabras están en nosotros, y nosotros estamos en ellas.

“El lenguaje es la casa del ser”, dijo bien y luminosamente Heidegger, y agregó: **“Y en esa casa (morada) vive el hombre”.**

El poeta, el novelista, el crítico literario y el ensayista y otros escritores crean obras literarias (literatura y literatura de la literatura). Y, por otra parte, los impresores y los editores producen, fabrican, imprimen y editan libros: los libros que contienen las obras literarias.

El libro (el objeto), ya sea producto de la técnica o de la artesanía impresoras, no es la obra de creación literaria. Es solo el buen vehículo (continente) de esa obra de creación literaria. No dudamos en aceptar que el libro (el objeto) en sí puede llegar a ser una obra de arte; pero, a pesar de este hecho, seguirá siendo **una obra de arte vehículo de otra obra de arte** (el texto literario). El libro (continente), como obra de arte, nunca podrá ser el texto literario, la obra de creación literaria (los contenidos).

Creemos que la artesanía excelente puede ascender al arte. Pero el arte no puede descender para ser o hacerse artesanía. Dejaría de ser arte.

El arte más profundo, más denso, es el que se estructura con el lenguaje, con las palabras. La literatura, el arte literario, es el arte por excelencia.

Al tomar en nuestras manos y mirar una figura de porcelana o de arcilla, vemos solo la **exterioridad**. Está cerrada a su **interioridad**. Pero ¿tiene **interioridad**?

Al abrir un libro de poesía (de literatura), al leerlo, desaparece la exterioridad, y todo se hace interioridad. El conocer del texto será mi conocer, mi reconocer. ¿O tal vez

me conoce y me reconoce el texto poético? Soy yo leyendo y leyéndome en el texto. Infinitos mundos de la recreación y de la cocreación poéticas. Mundos del conocer y del ser: la sinfronía, la empatía.

La obra objeto de la lectura se abre al ser, al conocer. Toma en el lector una nueva existencia. Se hace en mí, el lector, conocimiento de mi propio conocimiento. Lenguaje de mi lenguaje. Memoria de la propia memoria. Encuentro de creador y cocreador. Empatía. Sinfronía.

Hablar o escribir es traducir. Traducir una experiencia, un pensar, un pensamiento. Es traducir imágenes, ideas, conceptos. Leer es traducir una traducción, en el **ser**. Allí leemos la **fidelidad** o **infidelidad** de la traducción.

Es indudable que el poema o el texto literario podrá ser objeto de paráfrasis o de interpretaciones o de reescrituras. Pero entonces esa paráfrasis y esa reescritura serán solo eso: una paráfrasis y una reescritura del texto original. Y, si son excelentes, serán nuevas creaciones literarias. Y habrá nacido otro creador. El hacedor de la paráfrasis o el hacedor de la reescritura.

En este punto parece oportuno mencionar las dificultades de la traducción. En literatura, el discurso literario podrá ser traducido solo literalmente. La **literariedad** —eso que hace posible que el poema sea poesía— difícilmente podrá ser traducida. Hay solo acercamientos, aproximaciones al texto original; imitaciones, a veces.

La mejor traducción, la traducción excelente —la más poética— dejará de ser, esencialmente, traducción. Será entonces creación: habrá sido escrito un nuevo poema, lleno de poesía.

El buen traductor se hace creador. Y el buen lector se hace cocreador del texto literario leído.

La poesía no es la expresión de verdades y realidades conocidas. La poesía es, en su esencia, el aprehendimiento, el acercamiento y la expresión de una verdad y de una realidad que hasta entonces permanecían desconocidas. La poesía, en este sentido, es conocimiento, develamiento —deviene visión del mundo. El buen conocimiento.

La poesía expresa una realidad; no, la realidad. No es la simple mimesis literaria.

En materia de creación literaria, frente a lo que llamamos comúnmente realidad —no frente a lo superior espiritual que aprehende el ser—, acogemos las palabras de Pierre Reverdy: “**Imitar lo mejor posible es crear lo menos posible**”.

Si la mente del hombre —ideas, pensamientos, imágenes— parece ser un sustrato biológico, es dable creer que el espíritu tiene, también, un fundamento biológico. El espíritu trasciende al ser, pero está en el ser del hombre.

El mundo de los valores —bien, verdad, belleza— sustenta lo superior espiritual del hombre. Los valores están en el **ser**.

El espíritu elevó al hombre sobre el mundo animal.

Es indudable que el hombre y el animal saben. Pero solo el hombre, definitivamente solo el hombre, **sabe que sabe**.

Bien, verdad y belleza están en lo más central del **ser** del hombre. Es decir, la **ética**, la **metafísica** y la **estética** están en lo más original (central) del hombre.

No son deseos, anhelos y metas **relativos**. Son anhelos y metas consubstanciales. Es por eso por lo que nos atrevemos a hablar de una como biología del **bien** —que sería la ética—, de como biología de la verdad —que serían la religión, la filosofía, la metafísica—, y de una biología de la belleza —que sería la estética.

Y el bien, la verdad y la belleza han de ser fundamento de todo arte, y en especial, de la poesía: el arte que utiliza el lenguaje del ser del hombre. Y “**el lenguaje es la casa del ser**”, como dijo iluminadamente Heidegger, axiología y literatura: un universo para conocer y para el conocer.

Indudablemente, la verdad, la belleza y el bien se aprenden y se comprenden por un acto de intelecto; pero su conciencia y su aprehendimiento profundos, como valores eternos, son un acto del espíritu. Un acto que se ha realizado en lo más nuclear y trascendente del ser. Desde la vía mayor del conocer: la intuición.

Es un mundo occidental, la cultura occidental, vive hoy una crisis fundamentalmente moral: crisis de los valores superiores del espíritu en el hombre.

Crisis de la identidad y destino del hombre. El hombre se separa de Dios. Y ya no encuentra sustento. Es el vacío vital. Es el vacío existencial. Es una crisis que se sustenta, en gran medida, en el error lingüístico. En nuestro país ese error parece ser premeditado: deviene ya fraude lingüístico. El error se torna horror lingüístico, porque ya no buscamos iluminar las palabras, sino ocultarlas y ocultarnos sus sentidos y significados.

La histeria reemplaza a la historia. Los antivalores toman el lugar de los valores. La sima se introduce como el equivalente de la cima. Se pretende convertir la mentira en verdad, la injusticia en justicia. El oportunismo se disfraza de nacionalismo. Horror del egoísmo y del odio desatados.

Desmembramiento del cielo y de la tierra y del tiempo. Aplastamiento del ser y la vida y el mundo.

La sola razón, absolutizada, ha llevado a lo irracional, a la razón de la sinrazón. Debemos retornar a la verdad de la libertad, a la libertad de la verdad. Volvamos a las dos fuentes esenciales —y a las fuentes complementarias— del conocimiento del ser: la intuición y la razón. Volvamos al amor, entendido como ausencia de egoísmo y de odio, que eso es en su esencia.

La poesía, en su esencia, no se sustenta en la razón; pero tampoco en la sinrazón, porque no niega la razón. La poesía conceptual utiliza la razón. La poesía se fundamenta en la intuición. La ciencia tiene su fundamento en la razón, pero utiliza la intuición, cuando la sola razón no basta para expresar una verdad más profunda o para encontrarla.

La intuición parece ser la vía regia del buen conocimiento. La intuición abre el ser a lo finito y a lo infinito, a un tiempo. Inmanencia y trascendencia.

La intuición es, fundamentalmente, la vía del saber y del conocer poéticos.

Y la razón es insustituible complemento. La primera acerca de las esencias y las existencias; las hace presencias en el misterio del proceso creador poético. La segunda sustenta el quehacer crítico esencial: sustenta la historia, la teoría, el análisis y la filosofía del hecho literario creador.

La poesía acerca del mundo y las existencias; el ser y las esencias. Es la comunión del habla y las ideas, de las imágenes, de la escritura poética y la función poética.

Literatura y **literariedad**. La literatura que se aprehende, y la casi inexpresable **literariedad**.

La poesía está llena de voces antiquísimas y de silencios. Y se llena con las voces y con nuestros silencios, y con las voces y silencios que vendrán.

La poesía es búsqueda y encuentro del tiempo en los tiempos, de nuestro nombrar en los nombres primigenios que reciben los llamados del ser. Mitos y arquetipos, esencias y presencias. Los mitos de la humanidad y los mitos personales.

La poesía no ha de estar solo en el poema, o en el poemario. En la poesía, en la gran poesía, cada verso, cada palabra, cada sílaba y cada letra están llenos de significados, de poesía... Es la estructura profunda de los significados y de los significantes, del signo y del referente.

Fonología, sintaxis, semántica, estilística, sincronía, y más. La **posesión** y el **uso** del habla, de la lengua y de escritura poéticas.

La paradoja del lenguaje. La dialéctica del lenguaje: la polisemia infinita. el **contenido** que contiene la **forma**: la forma que forma el **contenido**.

El hombre será poesía excelente en la medida en que alcance el mayor grado posible de **complejidad**, desde (y en) la mayor **sencillez** posible del habla poética.

1

EL HABLA NACE Y NOS DURA

*Dura apenas la palabra
el instante del nombrar;
más dura el nombre, y el habla
nos dura por siempre y está
en el comienzo del alma:
centrada en su eternidad*

2

NACIMIENTO

*Nace la eternidad
del habla, dulcemente natural.*

*Y ese color que va,
si llamado, del cielo al aposento,
como el habla que ya
dentro de mí yo siento
va reuniendo verdad y entendimiento.*

3

ESTA HABLA DE SER

*Porque a las cosas durantes
les dura la edad, le gana*

*de ser por siempre jamás.
Porque esta casa nos dura
en la memoria y el habla
de ser en siempre jamás.*

Estos tres poemas pertenecen a mi libro *Sin el color del cielo*, primer premio nacional de la poesía Ricardo Miró, 1959-1960. El libro es una tesis sobre el habla, encarnada en los valores espirituales que me legaron mis padres y abuelos.

Ya para entonces —libro escrito en 1958— era un lector, no sistemático aún, de Ferdinand de Saussure, de Lévi-Strauss y de Humboldt.

**La lengua es patrimonio colectivo.
El habla es patrimonio personal.**

La lengua y el habla son la matriz del habla y de la escritura poéticas. Las fuentes de la poesía están en el ser y no fuera del **ser**. El ser en el **ser**.

La poesía es llamamiento al **ser** y llamamiento del **ser**. Es la búsqueda y el encuentro de lo que Goethe llamaba **las madres**: las esencias. Los **universales** y las **nómadas** de los filósofos. La gramática universal de Chomsky, tal vez.

La riqueza verbal personal es fuente para el conocer y el saber poéticos personales.

La poesía es conocimiento. La poesía no es solo comunicación e información. Es todo eso, y más; infinitamente más.

Pensamiento, idea, imagen, conocimiento, **ser**.

Desde muy temprano en la historia de mi quehacer literario creí que la poesía es conocimiento. Y hoy lo sigo creyendo y fundamentando.

Creo sinceramente que toda buena poesía es conocimiento, y todo buen conocimiento es poesía.

Los jóvenes poetas deben volver la mirada y la vida hacia el conocer y el saber poéticos. Sin prejuicios, de modo natural. Humildemente.

Debemos escuchar a Paul Valéry cuando nos pide: **“Ponte a ignorar lo que sabes para saber cómo lo sabías, y sabe tu saber”**.

Es como el **volver a nacer** bíblico, la conversión espiritual, el retorno a la inocencia, la recuperación del paraíso perdido de la palabra.

Repito que es esencial, que es necesario conocer la palabra, para quererla... Y debemos quererla, para conocerla. Para conocer el habla y los silencios del habla. Así conoceremos mejor el lenguaje, el metalenguaje y el paralenguaje, el habla (la voz) que es sonido y silencio.

Recordemos nuevamente a Valéry cuando nos pide llevar a nuestro lado un crítico eficaz, que solo se forma con nuestro conocer y saber poético y lingüístico, y con nuestro sentido del bien, la verdad y la belleza.

La poesía, en su profundo misterio y en su inmensa claridad, encierra una como conducta verbal y una conducta del silencio. Y tiene su fuente, también, en una como conducta premonitoria del ser. Y es la fuente.

La poesía está hecha de vida y de tiempo, de vidas y de tiempos. La permanencia y la innovación.

En el silencio y el habla nos oímos, y oímos el tiempo y las vidas. En el habla y el silencio escuchamos al hombre y a la humanidad. Conocemos. Es el conocer para **ser**. Para conocer la iluminante relación entre conducta verbal y las ideas. Para interrogar e interrogarnos sobre la relación entre las ideas y las imágenes, entre la imagen y el pensamiento, entre el pensamiento y el **ser**, entre el **ser** y la nada. Y el sueño.

*¿Hasta dónde es noche
la noche en que soñamos?
¿Hasta dónde es tiempo el instante
en que nos quiebra el sentido?*

Estos versos son del poema «Memento», escrito en 1948, y perteneciente a mi libro *Poemas fundamentales –Origen y signo*, premio máximo del concurso Ricardo Miró, en 1951.

Este libro primordial tiene un subtítulo, *Origen y signo*; tiene títulos de secciones, «Poética», «Los salmos», «Las voces»; y tiene títulos de poemas, «Su forma al alba», «Poema», «Origen», «Signo», «Desenterrada voz», que hacen referencia a la lengua. Hoy los estimo premonitorios: origen y signo.

No debemos olvidar que **la finalidad esencial de la poesía es expresar el ser**, como en fulguraciones y vidas. La poesía es conocimiento. Es ser para **ser**.

El saber y el conocimiento literarios y la competencia lingüística son fundamentales para el quehacer del escritor, del poeta.

Saber cada vez más, para ser, cada vez más, más **ser** y más conciencia poética; más humanidad. Pero recordemos siempre las palabras llenas de saber de Max Scheller: **“La cultura no es una categoría del saber; es una categoría del ser”**.

La pobreza lingüística y la pobreza de la lengua personales llevan a la pobreza del pensar y del conocer y del hacer poéticos. Esa pobreza engendra minusválidos del hablar y del ser.

El saber y el conocer poéticos, desde una **amorizante** visión del habla, de la vida y del mundo, nos llevarán a la poesía, y harán posible el conocer y el entender, *urbi et orbi*, los infinitos mundos de la creación poética.

Charles Dubos dijo: **“La literatura –la poesía– es la vida que toma conciencia de sí misma, cuando en el alma de un hombre de genio halla su plenitud expresiva”**.

Por eso creemos que poesía es sentir el pensamiento y lo pensamiento, y es pensar el sentimiento y lo sentido. Es llenar las palabras y el habla (la lengua y el lenguaje) de sentidos y significados, tal como lo intuyó Ezra Pound. Ya no es solo la poesía. Ahora son la poesía y la imaginación de la poesía.

Lo denotativo del lenguaje nace para **estar**. En cierto modo, no crece ni se desarrolla más allá de su propio ámbito. Lo connotativo, en cambio, crece y se expande. Crece hasta hacerse desmesura. Veamos en esta verdad la representación de lo finito–infinito de la lengua. Con medios finitos (fonemas) se construyen (frases, palabras, oraciones) los mundos infinitos del habla y la escritura.

La palabra, llena de significados, en el poema, se enriquece con nuevos sentidos. Se desborda lo simple analógico. La analogía y la antilogía. Mundos que se abren más allá de la **mímesis**. Y más. La polisemia infinita. La dificultad de la traducción tiene aquí una razón esencial.

El **campo semántico** y el **campo estilístico** hacen posible la riqueza interna del poema. La **competencia lingüística** y la **competencia semántica** enriquecen el acto creador poético.

En la gran poesía de confunden fondo y forma. Se hacen uno y otro. La unicidad y la totalidad. Y la difícil traducción.

Los vocablos alcanzan una plenitud de sentidos. Así, un vocabulario aparentemente restringido externamente puede ser sustento de una plenitud de significados, debido a la riqueza interna del campo semántico y del campo estilístico. La metáfora infinita.

Urdimbre de relaciones de significados y contenidos. Urdimbre de urdimbres.

Una palabra puede repetirse dentro de un texto o dentro de un discurso poético y puede r, cada vez, de nuevos e inéditos significados.

Esta urdimbre de significados y de sentidos es lo que hace difícil la traducción del discurso poético.

Hoy la poesía vive una especie de ruptura. Es hoy que se inició con Mallarmé, Rimbaud y Baudelaire. Un hoy que ellos hicieron posible. Hoy somos más contemporáneos de Mallarmé que muchos de sus compañeros de época. Pero hoy sigue habiendo muchos extemporáneos de Mallarmé.

La poesía no volverá a ser la poesía de antes de Mallarmé; la poesía ingenua, hecha de exterioridades (metros, versos, estrofas). Perdurarán el ritmo, que es ánimo y ánimo (voluntad, *pathos* del alma) y las **esencias** y los **universales**, que son desde la antigüedad y la vida. De ahora en adelante (un ahora que ya cumplió un siglo) será la palabra encendida de significados, contenidos y sentidos. Es la ruptura. Los alejamientos de la norma.

Una ruptura y unos alejamientos de la norma que no ocurren en el vacío: ocurren, fundamentalmente, en el universo de la selección y de la combinación de los vocablos y de las pausas.

El poema ha de ser poema del poema. Significado del significado. Signo del signo del signo. Conocimiento profundo del habla, que viene de un conocimiento del ser y del mundo. Hoy el poeta se ha hecho más conciencia de la conciencia poética. Competencia más adquisición: más **ser**.

Conocimiento para conocer. De aquí en adelante habrá menos metros y menos estrofas, pero ahora habrá en el mundo más voces y silencios, y más significados de

voces y silencios. Hoy la meditación del habla poética se hace meditación del espíritu. Dos mundos del discurso. **Metonimia** y **metáfora**. Lo denotativo y lo connotativo.

La poesía tradicional se sustentaba en **el metro**, y partía del ámbito de la prosa (que tiene a su vez la fuente en lo denotativo de las palabras y del habla). Un sencillísimo código para codificar y descodificar el mensaje poético. Emisor y mensaje, receptor y ámbito simples. Sin profundidad.

La poesía de la modernidad (la poesía de hoy y tal vez de infinitas mañanas) se sustenta en lo connotativo que habita en las palabras, en la lengua y el habla. La antología y más allá de lo simple analógico. Lo dialógico y más. Analogía y antilogía. **La simbolización. La literariedad.**

Es la comunión de las palabras. La muerte y transfiguración y resurrección de las palabras.

La contradicción que se concilia. Lo que discurre y muda, sin discurrir ni mudar. Estados del alma y del espíritu.

Pero no es solo lo **notativo** y lo **connotativo**. Es eso, y más. Infinitamente más. La literatura y la infinita **literariedad**. La ruptura.

Hoy sabemos que en virtud de las leyes de la entropía (degradación de la energía) caminamos hacia un apagamiento del mundo de la materia. Desaparecen los gradientes de energía que mueven el mundo de la material.

Pero creemos, con Stephan Lupasco, en la existencia de las tres materias y en el crecimiento continuo de la **tercera materia energética**.

Creemos que sobre la degradación del mundo material se ha iniciado la expansión del mundo espiritual. Muerte y resurrección. Transfiguración.

Hoy es el tiempo de la **noósfera**, la atmósfera del espíritu que (pese al mal) está llenando la tierra.

Con Teilhard de Chardin creemos que la materia un día se hizo vida, que la vida se hizo vida, que la vida un día se hizo hombre, y que un día el hombre se hará humanidad. Y un día la humanidad se amorizará. La parusía.

“La materia se vitaliza, la vida se homonimiza y el hombre se humaniza”, dijo Teilhard de Chardin.

Lupasco define las tres materias energéticas. La primera: la materia física, en la que se actualiza progresivamente la **homogeneidad**, que es detención y degradación.

La segunda: la materia viviente, hecha de los mismos elementos constitutivos, atómicos y moleculares, que la precedente, y que, sin embargo, evoluciona bajo el dominio progresivo de la **heterogeneidad**, de la complejidad.

La tercera: el tercer tipo de la materia energética (de sistematización) es de tipo microfísico, que no se degrada, que se acumula progresivamente. Es “la **materia síquica, crisol de arte**”, como la llama Lupasco.

Una paradoja. Tal vez una tenaz e infinitamente tenue “materia” espiritual.

Creo que en alma (en lo más originario del ser) del poeta, del gran poeta, en todas las épocas, se ha hecho presencia y realidad el fenómeno de la expansión del universo espiritual de la humanidad y de la humanización. Allí tiene su fuente la poesía. Lo superior del ser. La noósfera.

Creo en el **innatismo** de las ideas. Creo en las ideas de Platón. Verdades que hoy Chomsky ha actualizado con profundidad cartesiana.

El texto literario, el discurso poético, es una duración, una sucesión de textos, una sucesión de tiempos, de voces y silencios. Traducción de la traducción. Traducción y modernidad. Innovación y permanencia.

Una sucesión de textos y tiempos que configura la **transtextualidad**, no la **intertextualidad**.

Hay una diferencia esencial entre el hombre primitivo y el hombre actual: aquel nace (nacía) en un mundo natural; este, en cambio, nace en un mundo predominante cultural.

Aquí creo sugeridor recordar el antiquísimo “**homo loquens**”, que trascendió dentro de una tradición oral (sin la escritura; solo el habla); y al “**homo escriptor**”, que, desde hace milenios, hizo posible la tradición escrita de las culturas y las civilizaciones.

La impronta del ambiente social y cultural acelera hoy, en el hombre, el aprendizaje y el conocimiento del habla, de la lengua (lingüística). Pero solo los acelera, los estimula; no los crea. La nada lingüística no existe en el hombre, ni aun al momento de su nacimiento. El hombre, al nacer, es pura virtualidad del lenguaje, de habla, de **ser**. Ser, nacer, crecer, madurar: más **ser**.

Por eso no podemos pensar en la existencia de un **grado cero** de la lengua; ni para el comienzo ni para el final de los tiempos. “En el principio fue el Verbo”. Y será, eternamente.

Al aprehender y expresar una nueva realidad con el habla, no buscamos la desfiguración del lenguaje. Buscamos, sí, una nueva configuración de la lengua y del habla: **la transfiguración del lenguaje**.

Búsqueda y encuentro.

La iluminación simultánea de toda la esfera del habla poética.

Conocimiento de la profundidad, de la altura y de la lateralidad del habla; de su densidad. Conocimiento que lleva al enriquecimiento inédito, idéntico, adánico del discurso poético. Dédalo encendido de signos y significados.

Es la ascensión desde un **nivel ahormacional** (que es estructura superficial) hasta el nivel **transformacional** (que es estructura profunda) de la literatura, como postula Chomsky.

Encuentro de poesía y poética y habla, y ser.

Encuentro de la poesía (arte) con la poética (¿ciencia?), en el **ser**. El **ser** que habita en el habla, que habita en el habla. Reencuentro que es **reanudación** de los vínculos verbales. Diacronía y sincronía.

La exploración de la lengua poética se hace hoy exploración del espíritu.

La conocida sentencia de Buffon “**El estilo es el hombre**” tiene plena vigencia en nuestro tiempo... Las fuentes en el **ser**...

El poema se sustenta en la poética, la poética se sustenta en la estilística, la estilística se sustenta en la lingüística. La lingüística se sustenta en el habla, y el habla se

sustenta en el **ser**. Y el ser engendra el habla poética, la poesía. La poesía que está en el tiempo y los tiempos. Por eso debemos escuchar la **tradición**, en lo que tiene de verdad y de eternidad, de intemporalidad.

La crítica literaria y la poesía se encuentran hoy en un acto creador común. En derredor de esa mesa común, en un como encuentro pascual, se siente hoy, también, la narrativa y la ensayística.

Hoy los géneros literarios borran sus fronteras. Ya no parecen existir claras delimitaciones (los clásicos casilleros) entre poesía, narrativa y crítica literaria. Todas estas estructuras se llenan hoy de poesía; de un profundo conocimiento de sí mismas, en el habla y el ser.

La obra en sí y el proceso creador parecen ser lo esencial. Y la obra en sí lleva a las esencias. El escritor y sus voces y silencios. El creador y la creatura son el todo y lo uno. El habla y el ser. Centrémonos, pues, en la obra, y en el proceso creador que son **ser** y lenguaje en el **ser**. El habla en el habla.

Los métodos de la crítica literaria más eficaces no serán ni el **individualista** (psicológico) ni el **colectivista** (sociológico). Ambos métodos críticos se alejan de lo real poético. Ambos métodos devalúan o ignoran lo esencial de la literatura: la obra, el texto, el discurso. Ignoran, también, al lector y marginan el proceso creador, y la esencialidad del creador.

La verdad y la esencia de la poesía están más cerca de la sintaxis, la fonología, la semántica, la nueva retórica, la gramática; más cerca de la gramatología, de la semiología, del semanálisis y la lingüística, que de la psicología, la sociología y la historia. (No es nuestro propósito devaluar materia alguna; hablamos de cercanías y de encuentros). Están muy cerca de la filosofía, de la metafísica, de la ética y de la estética.

No dudamos que el análisis literario de tipo psicológico, freudiano, es senda para una aproximación de la existencia de la poesía; pero hace abstracción del texto, y solo ve, generalmente, parcelas del creador.

El método sociológico absoluto (colectivista) margina al creador (al emisor) y a la creatura (el texto). Deforma el proceso creador. El entorno social no parece ser ni el creador ni la creatura.

Lo colectivo, la sociedad, no es (ni puede ser) el creador ni el sustento del acto poético. Lo colectivo es impersonal. Solo la persona crea poéticamente.

El hombre, el poeta, tiene sus raíces en la humanización, en lo humano, y su obra ha de retornar a la humanidad, más que a la sociedad y al pueblo, y más que a los mercados del libro.

El mundo de la poesía es historia y espacio, ser y tiempo. El universo de la literatura se sustenta en la obra, en el creador y el cocreador; en una relación temporal e intemporal, espacial y anespacial. El medio humano está antes y después del mundo social.

La poesía es a un tiempo quietud y movimiento, sonido y silencio, iluminación y oscuridad, la innovación y la tradición, el instante y la eternidad, la totalidad y la nada, la vida y la muerte, lo finito infinito. La muerte, la transfiguración y la resurrección de la lengua y del habla.

La poesía es como la esfera de Pascal, de Nicolás de Cusa y de Giordano Bruno: tiene su centro en todas partes, y la periferia en ninguna.

Mundo de la complejidad conciencia.

El desenfreno inmenso y razonado (sistemático y asistemático) de todos los sentidos lleva a la gran poesía. Las hiperestesia de todos los sentidos, como intuyó Rimbaud.

La palabra poética se hará bien y verdad y belleza.

La tradición, la modernidad y lo que ha de venir están en toda la poesía esencial. Diacronía y sincronía. Cambio y permanencia. Tradición y modernidad.

La tradición es fuente de esencialidades: materia fecunda y fecundante para la creación poética.

La **anáfora** es herencia del Medioevo.

La antigüedad y el Renacimiento nos enseñaron el buen **asíndeton**.

La modernidad nos legó el descubrimiento de la **enumeración caótica**.

En nuestra contemporaneidad están la **aliteración** y la **reduplicación**.

Y en nuestro tiempo, y en los tiempos que vendrán, serán el **oxímoron**, la **paradoja**, el **emparejamiento**, y más; la poesía como materia de la poesía. Y perdurarán la **anáfora**, y el **asíndeton**, y la **aliteración** y la **reduplicación**, y la vida y el habla cargada de sentidos.

El paradigma ya no será solo fonético; habrá de ser esencialmente semántico. Y más. Fonología, semántica y sintaxis.

Nuestro siglo y el siglo que vendrá continuarán siendo siglos de la crítica y de la poesía crítica. Poesía de las voces y de los silencios cargados de sentidos.

Hoy la literatura, en general —pero sobre todo la poesía—, vuelve los ojos a las estructuras verbales. La poesía, el ensayo, la narrativa buscan comprender mejor el inmenso **corpus** (estructura) de habla y de la lengua poéticas. La comunión de los géneros, desde la poética y la lingüística.

Y esto debe ser, hoy, el signo y la verdad de la literatura panameña. Es necesario romper antiguas ataduras. La ruptura. El alejamiento de la norma.

La poesía, la narrativa y el ensayo, en Panamá, deben encontrar la palabra y encontrarse en la palabra poética.

La poesía debe aspirar, hoy, a ser menos **metro**, menos manifiesto; menos anécdota, tal vez.

“Nada de reportajes”, exclamó Mallarmé.

Debemos conocer la retórica, pero debemos estar y ser más allá de lo simple retórico: en el lugar donde el habla se hace objeto y sujeto de sí misma. Recordemos que san Agustín llamó “un arte palabrero” a la simple retórica. **“Arte linguosa”**, la llamó.

Nuestra literatura de la era republicana está llena de antologías. Pero carecemos, creo que podemos llamarlas así, de **ontologías** y de **deontologías** poéticas y literarias.

Ontología y **deontología** que han de ser búsqueda y encuentro de un como **ser** y un como **debe ser** de la poesía, en particular, y de la literatura, en general.

Así haremos posible enriquecer más nuestra poesía, nuestra narrativa (cuento, novela) y nuestra ensayística.

En la literatura panameña, nos hace falta configurar la viviente presencia de una crítica literaria sistemática. **El contínuum vital**.

La crítica literaria es una urdimbre de afirmaciones y negaciones, iluminadas e iluminantes. La buena crítica está hecha de encuentros y desencuentros, de luces y sombras, de voces y silencios, que hacen posible el conocer y el conocernos en el habla y desde el habla poética.

Recordemos lo que decía Sainte-Beuve: **“El crítico es un lector mejor que enseña a leer a los demás”**.

Es innegable que en nuestro país hemos tenido y tenemos excelentes críticos literarios. Con humildad me atrevo a mencionar algunos (sé que no son todos): José María Alemán (pionero), Ismael García Stevenson (maestro), Miguel Mejía Dutary (maestro), Elsie Alvarado de Ricord (la plenitud), Moisés Chong Marín, Ángel Revilla Argüeso, Aristides Martínez Ortega y el joven Pedro Correa Vásquez.

Lo que no hemos alcanzado aún es a despejar el clima crítico, un **medio crítico panameño**, el *milieu* natural de la crítica. Y nuestro tiempo es tiempo de crítica. Es tiempo para la filosofía de la creación literaria.

Contamos con una clara historia literaria (Rodrigo Miró, Ismael García Stevenson), una historia que debemos enriquecer creadoramente con la nueva crítica literaria, con el análisis literario y con la teoría literaria. ¡Y con la poesía!

Las obras literarias de nuestros escritores, jóvenes o consagrados, deben ser rescatadas, en sus textos, para que iluminen. Rescatarlas del encerramiento de indiferencia, de indefinición y de no valoración en que viven.

Es necesario —simultaneidad del hacer— que revaloricemos el papel de la verdadera crítica literaria; de la que tenemos y de la que vendrá, para otorgarle la significación, el valor, la trascendencia que le son consubstanciales.

La crítica literaria (nuestra crítica) no es simple crónica ni simple información.

La crítica literaria es literatura, y es literatura de la literatura. Es densa creación literaria.

Desde la crítica literaria haremos operante la teoría literaria, que a su vez hará más profunda, más alta y extendida, la **praxis** de la literatura. De esta manera,

forjaremos el medio crítico. El buen medio humano de la crítica. Será origen y ascensión a una filosofía de la creación literaria.

Hace algunos años, en un breve ensayo sobre el quehacer poético de doña María Olimpia de Obaldía (y leído en este mismo salón de la Academia, el 12 de septiembre de 1985), puntalicé lo que ahora retomo.

Sin embargo, hoy estamos en posesión de nuevos instrumentos para la comprensión y el conocimiento de la obra poética. Y debemos utilizarlos, pero desde una visión integral del orbe de la poesía. Es necesario no solo acercarse a la obra literaria en sí, como creación final, acabada; sino que es imperativo, también, conocer el proceso que hizo posible el poema. El ser y la palabra, el habla poética en el tiempo y en los tiempos.

Creo que la lingüística y la poética son caminos para bien conocer el poema. Pero no comparto la tesis o creencia ingenua de que a través de estos caminos podremos conocer todo el poema, o todo el quehacer poético, o toda la obra poética estudiada. Es que siempre habrá mundos por conocer, mundos por vivir. Y por ver. El saber.

La poesía podrá ser conocida en su existencia, pero no en su esencia. La creación poética guarda misterios. La polisemia infinita. El ser infinito del hombre.

“Solo el hombre supera infinitamente al hombre”, dijo luminosamente Pascal.

Hasta aquí mis propias palabras.

Y antes de terminar, deseo repetir unas palabras de Wittgenstein, profundas y estremecedoras: **“El sentido del libro (se refería a su famoso *Tractatus*) es un sentido ético. Mi trabajo consiste en dos partes: aquello que he escrito, y de otra parte todo aquello que no he escrito. Y esta segunda parte es la más importante”.**

Son palabras para una eternidad.

La poesía desciende al mundo y recoge las vidas y las muertes, los limbos y las almas, y asciende luego con el silencio y las voces de la creación poética toda. Creador, creatura y cocreador, y el medio natural y humano, y sobrehumano, que sustenta la creación.

Llegado a este punto y para finalizar, quiero expresar mi creencia en lo siguiente: Creo que las palabras escritas son los signos de las palabras habladas, que las palabras

habladas y escritas son signos del pensamiento, que el pensamiento es como el signo del hombre, que el hombre es el signo del **ser**. Y el **ser** es como el signo de Dios. Y Dios es su propio signo: el signo absoluto. El Verbo y el Verbo encarnado.

Aquí, con la respetuosa veneración frente al profundo pensador, deseo transcribir unas palabras de Withehead: **“El concepto de Dios, de lo absoluto, es el camino mediante el cual entendemos este hecho increíble: que aquello que no puede ser es”**.

“El universo es puro verbo”, dijo inmensamente Mallarmé. Y es silencio. Un **preuniverso** de palabras y voces. Y son otras voces.

Por eso, creo que el poeta se hará verbo, humanamente, y habitará entre nosotros. Tendrá su morada en la humanidad; en y desde lo que Eliot llamó **“LA TRADICIÓN Y EL TALENTO INDIVIDUAL”**. Y tengo la certidumbre de que en la temporalidad de las existencias y en la intemporalidad de las **esencias**, aún después de la muerte y el olvido, la poesía, la gran poesía, tendrá allí, eternamente, la gran fiesta de la resurrección.

Hoy el poeta es, al mismo tiempo, cada vez más, un crítico severo y bondadoso. Es hacedor de poesía y de poesía de la poesía. Conocedor de la riqueza infinita de la lengua. Es hora de leer y conocer el saber de los grandes maestros, creadores de una crítica viva y de esta poesía-crítica, de esta poesía del lenguaje: Mallarmé, Rimbaud, Baudelaire, Hölderín, Poe, Valéry, Pound, Eliot, Pessoa, Reverdy, Rilke, Menard y Coleridge, Dámaso Alonso y tantos otros. Y, entre nosotros, inmensamente, Octavio Paz. Y Lezama Lima. Vallejo, también: Vallejo es un caso insólito —caso límite—; el profundo lenguaje de su poesía parece llevar implícito el **metalenguaje** de la crítica, y explícito, a veces.

Son hacedores de inmensa poesía, a la par de críticos lúcidos de la creación poética.

Buscadores y hacedores, a un tiempo, de literatura y de **literaturidad**.

Ahora diré que el poeta (el creador de literatura) ha de aspirar a que después de dicha su palabra (dicha con humildad, y bien, y verdad y belleza) ya nada volverá a ser como antes. Ahora habrá en el mundo más claridad y misterio, más vidas y más **ser**. Más sabiduría. Más poesía.

Algo nuevo habrá sido creado, iluminado e iluminante. El poeta es un ser lúcido, y habrá cumplido un acto creador, un misterioso acto fundacional.

Salir como encendido, tornar iluminado, como digo en uno de mis cantos de mi libro Tormentario.

Y, ahora, después de tantos encuentros y tantas presencias de voces apenas presentadas, y de silencios, diré, también, que la poesía es como el primer día, y como el último día de la Creación. La poesía es lo que ha sido. Es lo que es, y **es** lo que será.

La poesía: sacramento del habla.

La poesía: sacramento del **ser**.